

¿Qué lectura ecológica podemos hacer de Marx?

MICHAEL LÖWY :: 17/03/2025

Lo que llama la atención de los primeros escritos de Marx es su evidente naturalismo, su visión del ser humano como un ser natural, inseparable de su entorno natural

Mi punto de partida es la siguiente observación: en primer lugar, los temas ecológicos no ocupan un lugar central en el aparato teórico marxista; En segundo lugar, los escritos de Marx y Engels sobre la relación entre las sociedades humanas y la naturaleza están lejos de ser unívocos y, por lo tanto, pueden estar sujetos a diferentes interpretaciones. A partir de estas premisas, intentaré destacar algunas tensiones o contradicciones en los textos de los fundadores del materialismo histórico, destacando, sin embargo, los caminos que ellos dan para una ecología de inspiración marxista.

Las principales críticas que los ambientalistas dirigen al pensamiento de Marx y Engels

En primer lugar, ambos pensadores son descritos como partidarios de un humanismo conquistador, «prometeico», que opone al hombre a la naturaleza y lo convierte en «dueño y poseedor» del mundo natural, según la fórmula de Descartes. Es cierto que encontramos en ambos numerosas referencias a las nociones de «control», «dominio» o incluso «dominación» de la naturaleza. Por ejemplo, según Engels, en el socialismo los seres humanos «se convierten por primera vez en dueños reales y conscientes de la naturaleza, porque y como dueños de su propia vida en sociedad»¹. Sin embargo, como veremos más adelante, los términos «dominio» o «dominación» de la naturaleza a menudo se refieren al conocimiento de las leyes de la naturaleza.

Por otra parte, lo que llama la atención de los primeros escritos de Marx es su evidente naturalismo, su visión del ser humano como un ser natural, inseparable de su entorno natural. La naturaleza, escribió Marx en los *Manuscritos de 1844*, «es el *cuerpo no orgánico* del hombre». O también: «Decir que la vida física e intelectual del hombre está indisolublemente unida a la naturaleza no significa otra cosa que que la naturaleza está indisolublemente unida a sí misma, porque el hombre es parte de la naturaleza.»

Ciertamente, Marx se proclama humanista, pero define el comunismo como un humanismo que es al mismo tiempo un «naturalismo completo»; y, sobre todo, lo ve como la verdadera solución al «antagonismo entre el hombre y la naturaleza». Mediante la abolición positiva de la propiedad privada, la sociedad humana se convertirá en la «culminación de la unidad esencial del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo consumado del hombre y el humanismo consumado de la naturaleza².»

Estos pasajes no abordan directamente el problema ecológico (ni, *a fortiori*, las amenazas al medio ambiente), pero son parte de una lógica que permite un abordaje de la relación entre el hombre y la naturaleza que no es unilateral. En un famoso texto de Engels titulado *El papel del trabajo en la transformación de los monos en hombres* (1876), es esta concepción del naturalismo la que fundamenta su crítica de la actividad depredadora del hombre sobre

el medio ambiente:

«No deberíamos jactarnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Por cada una de estas victorias, la naturaleza se venga de nosotros. Es cierto que toda victoria nos da, en primera instancia, los resultados esperados, pero en segunda y tercera instancia tiene efectos diferentes, inesperados, que muy a menudo anulan los primeros. Los pueblos que en Mesopotamia, Grecia, Asia Menor y otros lugares destruyeron los bosques para obtener tierras cultivables, nunca imaginaron que al eliminar junto con los bosques los centros de recogida y los depósitos de agua, estaban sentando las bases del actual estado desolador de esos países.»

Cuando los italianos de los Alpes talaron los bosques de pinos de las laderas meridionales, tan apreciados en las laderas septentrionales, no tenían idea de que al hacerlo estaban cortando las raíces de la industria láctea de su región; Menos aún previeron que con su práctica estaban privando de agua a sus manantiales de montaña durante la mayor parte del año [...].

Los hechos nos recuerdan a cada paso que no dominamos la naturaleza como un conquistador domina a un pueblo extraño, como quien está fuera de ella, sino que le pertenecemos con nuestra carne, nuestra sangre, nuestro cerebro, que estamos en su seno y que todo nuestro dominio sobre ella reside en la ventaja que tenemos sobre todas las demás criaturas de conocer sus leyes y de saber usarlas juiciosamente³.»

Ciertamente este pasaje tiene un carácter muy general; no cuestiona el modo de producción capitalista, sino las civilizaciones antiguas, y sin embargo constituye un argumento ecológico de sorprendente modernidad, tanto en su advertencia contra la destrucción que genera la producción como en su crítica a la deforestación.

Según los ecologistas, Marx, siguiendo al economista inglés David Ricardo, atribuyó el origen de todo valor y riqueza al trabajo humano, descuidando la contribución de la naturaleza. Esta crítica resulta, en mi opinión, de un malentendido: Marx utiliza la teoría del valor trabajo para explicar el origen del *valor de cambio* en el marco del sistema capitalista. Por otra parte, la naturaleza contribuye a la formación de la verdadera riqueza, que no es valor de cambio, sino *valor de uso*. Esta tesis es planteada muy explícitamente por Marx en la *Crítica del Programa de Gotha* (1875), un texto dirigido contra las ideas del socialista alemán Ferdinand Lassalle y sus discípulos:

"El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es fuente de valores de uso (que, al fin y al cabo, son auténtica riqueza) tanto como el trabajo, que en sí mismo no es más que la expresión de una fuerza natural, la fuerza de trabajo del hombre⁴.»

No, hasta el punto de que nadie ha denunciado tanto como Marx la lógica capitalista de la producción por la producción, de la acumulación de capital, riqueza y mercancías como fin en sí misma. La idea misma del socialismo (a diferencia de sus miserables falsificaciones burocráticas) es la de la producción de *valores de uso*, de bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. El objetivo supremo del progreso técnico según Karl Marx no es el aumento infinito de los bienes («tener»), sino *la reducción de la jornada de trabajo*⁵ y el aumento del tiempo libre («ser»)⁶.

En algunos escritos tempranos incluso se encuentra la intuición de que las fuerzas productivas tienen un potencial destructivo, como por ejemplo en este pasaje de *La ideología alemana*:

«En el desarrollo de las fuerzas productivas llega una etapa en que nacen fuerzas productivas y medios de circulación que sólo pueden ser nocivos en el marco de las relaciones existentes y ya no son fuerzas productivas, sino fuerzas destructivas (maquinaria y dinero)7.»

Desgraciadamente, esta idea no está desarrollada y no es seguro que la destrucción de la que se trata aquí sea la de la naturaleza.

Sin embargo, es cierto que a menudo se encuentra en Marx o Engels (y más aún en el marxismo posterior) una postura acrítica hacia el sistema de producción industrial creado por el capital y una tendencia a hacer del «desarrollo de las fuerzas productivas» el principal vector del progreso. Desde este punto de vista, el texto «canónico» es el famoso prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), uno de los escritos de Marx más marcados por un cierto evolucionismo, por la filosofía del progreso, por el cientificismo (el modelo de las ciencias naturales) y por una visión de las fuerzas productivas nada problematizada:

«En una determinada fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes [...]. De ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se han convertido en obstáculos. Entonces comienza una era de revolución social. [...] Una formación social nunca desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que puede contener8.»

En este famoso pasaje, las fuerzas productivas aparecen como «neutrales» y la revolución no tiene otra tarea que abolir las relaciones de producción que se han convertido en un «obstáculo» para su desarrollo ilimitado.

El siguiente pasaje de los *Grundrisse* es un buen ejemplo de la admiración demasiado acrítica de Marx por el trabajo «civilizador» de la producción capitalista y por su brutal instrumentalización de la naturaleza:

«Así, la producción basada en el capital crea, por una parte, industria universal, es decir, trabajo excedente al mismo tiempo que trabajo creador de valor; por otra parte, un sistema de explotación general de las propiedades de la naturaleza y del hombre. [...] El capital comienza entonces a crear la sociedad burguesa y la apropiación universal de la naturaleza y establece una red que abarca a todos los miembros de la sociedad: tal es la gran acción civilizadora del capital. Se eleva a tal nivel social que todas las sociedades anteriores aparecen como desarrollos puramente locales de la humanidad y como una idolatría de la naturaleza. De hecho, la naturaleza se convierte para el hombre en un puro objeto, en una cosa útil. Ya no se reconoce como un poder. La comprensión teórica de las leyes naturales tiene todos los aspectos de la artimaña que busca someter la naturaleza a las necesidades humanas, ya sea como objeto de consumo o como medio de producción9.»

Lo que parece faltar en los escritos de Marx es una noción de los límites naturales del desarrollo de las fuerzas productivas.

En realidad, debemos considerar los escritos de Marx (o de Engels) sobre la naturaleza no como un bloque uniforme y definitivo, sino como un pensamiento en movimiento. Esta es la contribución de la obra del joven investigador japonés Kohei Saito, *Karl Marx's Ecosocialism: Capitalism, Nature, and the Unfinished Critique of Political Economy* (2017): muestra la evolución de las reflexiones de Marx sobre el medio ambiente natural, en un proceso de aprendizaje, rectificación y reformulación de su pensamiento.

Hay, sin embargo, en ciertos temas una gran continuidad en sus escritos. Esto es particularmente cierto en el caso del rechazo de la "separación" capitalista entre los seres humanos y la tierra, es decir, la naturaleza. Marx estaba convencido de que en las sociedades primitivas existía una especie de unidad entre los productores y la tierra, y veía como una de las tareas importantes del socialismo restablecer esta unidad destruida por la sociedad burguesa, pero a un nivel superior (negación de la negación). Esto explica el interés de Marx por las comunidades premodernas, tanto en su pensamiento ecológico (por ejemplo, a partir de Carl Fraas) como en su investigación antropológica (Franz Maurer): dos autores a los que consideraba «socialistas inconscientes».

Pero en la mayoría de las cuestiones medioambientales, Kohei Saito destaca avances notables. Antes de *El Capital* (1867), los escritos de Marx contenían una visión bastante acrítica del «progreso» capitalista, una actitud a menudo descrita con el término mitológico bastante vago de «prometeísmo». Esto es evidente en el *Manifiesto Comunista*, que celebra la «subyugación de las fuerzas de la naturaleza» y la «limpieza de continentes enteros» por la burguesía. Pero esto se aplica también a los *Cuadernos de Londres* (1851), a los *Manuscritos* económicos de 1861-1863 y a otros escritos de esos años. Curiosamente, Kohei Saito (como John Bellamy Foster antes que él) parece excluir los *Grundrisse* (1857-1858) de esta crítica, lo que no me parece justificado, como hemos visto más arriba.

Los cambios comenzaron en 1865-1866, cuando Marx descubrió, a través de la lectura de los escritos del químico agrícola Justus von Liebig, los problemas del agotamiento del suelo y la ruptura metabólica entre las sociedades humanas y la naturaleza. Esto lo llevará, en el volumen 1 de *El Capital* (1867), pero también en los otros dos volúmenes inacabados, a una visión mucho más crítica de los daños del "progreso" capitalista. Después de 1868, mientras leía las obras del científico alemán Carl Fraas, descubrió la deforestación y los cambios climáticos locales.

Podemos así ver el esbozo, en varios pasajes de *El Capital* que tratan de la agricultura, de un verdadero problema ecológico y de una crítica radical de las catástrofes resultantes del productivismo capitalista: Marx propone una especie de *teoría de la ruptura del metabolismo* entre las sociedades humanas y la naturaleza, que resultaría del productivismo capitalista. El punto de partida de Marx es la obra de Justus von Liebig, cuyo «mérito inmortal es [...] haber sacado a la luz plenamente el lado negativo de la agricultura moderna desde un punto de vista científico», escribe.

La expresión «*Riß des Stoffwechsels*», literalmente «ruptura» o «desgarro» «del metabolismo» o «de los intercambios materiales», aparece en particular en un pasaje del

capítulo 47, «Génesis de la renta capitalista de la tierra», en el libro III de *El Capital*:

«Por una parte, la gran propiedad territorial reduce la población agrícola a un mínimo en constante descenso; por otra, le opone una población industrial en constante crecimiento, apiñada en las grandes ciudades: crea, en consecuencia, condiciones que provocan una ruptura irreparable (unheilbaren Rißs) en la conexión del metabolismo social (Stoffwechsel), un metabolismo prescrito por las leyes naturales de la vida; El resultado es que se desperdicia la energía del suelo (verschleudert), y este despilfarro se extiende a través del comercio mucho más allá de los límites de cada país (Liebig). [...] La gran industria y la gran agricultura industrializada actúan juntas. Si bien en su origen se distinguían en que el primero devastaba (verwüestet) y arruinaba la fuerza de trabajo y con ello la fuerza natural de los seres humanos, mientras que el segundo hacía lo mismo directamente con la fuerza natural del suelo, en su desarrollo posterior unieron sus esfuerzos, en la medida en que el sistema industrial en el campo debilita también al trabajador mientras que la industria y el comercio proporcionan a la agricultura los medios para agotar el suelo.»

Como en la mayoría de los ejemplos que veremos más adelante, la atención de Marx se centra en la agricultura y en el problema de la devastación del suelo, pero vincula esta cuestión a un principio más general: la ruptura del sistema de intercambios materiales (*Stoffwechsel*) entre las sociedades humanas y el medio ambiente, en contradicción con las «leyes naturales» de la vida. Es interesante destacar también dos sugerencias importantes, aunque poco desarrolladas por Marx: la cooperación entre la industria y la agricultura en este proceso de ruptura, y la extensión de los daños, a causa del comercio internacional, a escala global.

El tema del colapso del metabolismo se encuentra también en un conocido pasaje del Libro I de *El Capital*: la conclusión del capítulo sobre la gran industria y la agricultura. Este es uno de los textos de Marx donde se abordan más explícitamente los estragos que causa el capital al medio ambiente natural; Surge una visión dialéctica de las contradicciones del "progreso" inducido por las fuerzas productivas:

«La producción capitalista [...] no sólo destruye la salud física de los trabajadores urbanos y la vida espiritual de los trabajadores rurales, sino que también perturba la circulación material (Stoffwechsel) entre el hombre y la tierra, y la condición natural eterna de la fertilidad duradera (dauernder) del suelo, al hacer cada vez más difícil devolver al suelo los ingredientes que se le extraen y se utilizan en forma de alimento, vestido, etc. Pero al perturbar las condiciones en las que esta circulación se produce casi espontáneamente, obliga a restablecerla de manera sistemática, en una forma adecuada al desarrollo humano integral y como ley reguladora de la producción social. [...] Además, todo progreso en la agricultura capitalista es un progreso no sólo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el arte de despojar al suelo; Todo progreso en el arte de aumentar la fertilidad durante un tiempo es un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de fertilidad. Cuanto más se desarrolla un país, por ejemplo los EEUU de América del Norte, sobre la base de la gran industria, más rápidamente avanza este proceso de destrucción. La producción capitalista desarrolla, pues, la técnica y la combinación del proceso de producción social sólo minando (untergräbt) simultáneamente las dos fuentes de las que fluye toda riqueza: la tierra y el trabajador¹⁰.»

En este texto destacan varios aspectos: en primer lugar, la idea de que el progreso puede ser destructivo, un "progreso" por tanto en la degradación y deterioro del medio natural. El ejemplo elegido no es el mejor y parece demasiado limitado (la pérdida de fertilidad del suelo), pero al menos plantea la cuestión más general de los ataques al medio ambiente natural, a las "condiciones naturales eternas", por parte de la producción capitalista. La explotación y degradación de los trabajadores y de la naturaleza se ponen aquí en paralelo, como resultado de la misma lógica depredadora que prevalece en el desarrollo de la industria y la agricultura capitalistas a gran escala. Este es un tema que aparece a menudo en *El Capital*, por ejemplo en el capítulo dedicado a la jornada laboral:

«La limitación del trabajo manufacturero fue dictada por la necesidad, por la misma necesidad que hizo que el guano se esparciera por los campos de Inglaterra. La misma codicia ciega que agota el suelo estaba atacando la sangre vital de la nación desde sus raíces. [...] En su pasión ciega y desmedida, en su voracidad por el trabajo extra, el capital sobrepasa no sólo los límites morales, sino también el límite fisiológico extremo de la jornada de trabajo. [...] Y logra su objetivo acortando la vida del trabajador, de la misma manera que un agricultor codicioso obtiene un mayor rendimiento de su suelo agotando su fertilidad¹¹.»

Esta asociación directa que hace Marx entre la explotación del proletariado y la de la tierra inicia una reflexión sobre la articulación entre la lucha de clases y la lucha en defensa del medio ambiente, en una lucha común contra la dominación del capital.

Todos estos textos ponen de relieve la contradicción entre la lógica inmediata del capital y la posibilidad de una agricultura «racional» basada en una temporalidad mucho más larga, es decir en una perspectiva sostenible e intergeneracional que respete el medio ambiente:

«Incluso químicos agrícolas bastante conservadores, como Johnston, por ejemplo, reconocen que la propiedad privada es un límite insuperable para una agricultura verdaderamente racional. [...] Todo el espíritu de la producción capitalista, orientado hacia el beneficio monetario inmediatamente inminente, está en contradicción con la agricultura, que debe tener en cuenta el conjunto permanente (ständigen) de las condiciones de vida de la cadena de generaciones humanas. Un ejemplo claro de ello son los bosques, que sólo se administran en cierta medida de acuerdo con el interés general, cuando no están sujetos a la propiedad privada sino a la gestión estatal¹².»

Después del agotamiento del suelo, el otro ejemplo de catástrofe ecológica mencionado con frecuencia por Marx y Engels es el de la destrucción de los bosques. Aparece varias veces en *El Capital*:

«El desarrollo de la civilización y de la industria en general [...] ha sido siempre tan activo en la devastación de los bosques que todo lo que se ha hecho para su conservación y producción es completamente insignificante en comparación¹³.»

Los dos fenómenos (la degradación forestal y la degradación del suelo) también están estrechamente vinculados en sus análisis. En un pasaje de *Dialéctica de la naturaleza*, Engels habla de la destrucción de los bosques cubanos por los grandes productores de café españoles y de la desertificación que resulta de la explotación del suelo; Lo llama un

ejemplo de la «actitud inmediata y depredadora hacia la naturaleza del actual modo de producción» y de la indiferencia ante los efectos naturales dañinos de sus acciones a largo plazo¹⁴.

El problema de la contaminación ambiental no está pues ausente de las preocupaciones de ambos pensadores, pero es abordado casi exclusivamente desde el ángulo de la insalubridad de los barrios obreros de las grandes ciudades inglesas. El ejemplo más llamativo se encuentra en las páginas de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*¹⁵: Engels describe con horror e indignación la acumulación de basura y desechos industriales arrojados a las calles y a los ríos; Habla de las emisiones de dióxido de carbono que envenenan la atmósfera, de las "exhalaciones de ríos contaminados y polucionados", etc. Implícitamente, estos pasajes, y otros similares, denuncian la contaminación del medio ambiente por la actividad industrial capitalista, pero la cuestión nunca se plantea directamente.

¿Cómo definen Marx y Engels el programa socialista en relación con el medio ambiente natural?

¿Qué transformaciones debe sufrir el sistema productivo para ser compatible con la protección de la naturaleza? Ambos pensadores parecen concebir a menudo la producción socialista como la apropiación *colectiva* de las fuerzas y medios de producción desarrollados por el capitalismo: una vez abolido el «grillete» representado por las relaciones de producción y en particular las relaciones de propiedad, estas fuerzas podrán desarrollarse libremente. Habría pues una especie de continuidad sustancial entre el aparato productivo capitalista y el socialista, siendo la cuestión socialista ante todo la gestión planificada y racional de esta civilización material creada por el capital.

Por ejemplo, en la famosa conclusión del capítulo sobre la acumulación originaria del *El Capital*, Marx escribe:

«El monopolio del capital se convierte en un obstáculo para el modo de producción que ha crecido y prosperado con él y bajo sus auspicios. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan a un punto en que ya no pueden caber en su envoltura capitalista. Este sobre está volando en pedazos. Ha llegado la hora de la propiedad capitalista. [...] La producción capitalista misma engendra su propia negación con la fatalidad que preside las metamorfosis de la naturaleza¹⁶.»

Independientemente del determinismo fatalista y positivista que lo caracteriza, este pasaje parece dejar intacto, desde la perspectiva socialista, todo el modo de producción creado «bajo los auspicios» del capital, poniendo en cuestión sólo la «envoltura» de la propiedad privada, que se ha convertido en un «obstáculo» para los resortes materiales de la producción. Una concepción similar del socialismo se encuentra en el *Anti-Dühring* de Friedrich Engels (1878):

«La fuerza de expansión de los medios de producción rompe las cadenas con que los había cargado el modo de producción capitalista. Su liberación de las cadenas es la única condición necesaria para un desarrollo ininterrumpido de las fuerzas productivas, que progresan a un ritmo cada vez más rápido, y, en consecuencia, para un aumento ilimitado de la producción misma¹⁷.»

No hace falta decir que el problema medioambiental está ausente de esta concepción de la transición al socialismo. Sin embargo, también hay otros escritos que toman en consideración la dimensión ecológica del programa socialista y abren algunas vías interesantes. Hemos visto que los *Manuscritos de 1844* se refieren al comunismo como la «verdadera solución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza». Y en el pasaje citado del volumen I de *El Capital*, Marx sugiere que las sociedades precapitalistas aseguraban «espontáneamente» (*naturwüchsig*) el metabolismo (*Stoffwechsel*) entre los grupos humanos y la naturaleza; En el socialismo (la palabra no aparece directamente, pero se infiere del contexto), habrá que restablecerla de manera sistemática y racional, «como ley reguladora de la producción social». Es una lástima que ni Marx ni Engels desarrollaran más su intuición basada en la idea de que las comunidades precapitalistas vivían «espontáneamente» en armonía con su entorno natural, y que la tarea del socialismo es restablecer esta armonía sobre nuevas bases¹⁸.

Varios pasajes de Marx parecen considerar la conservación del medio ambiente natural como una tarea fundamental del socialismo. Por ejemplo, el tomo III de *El Capital* opone a la lógica capitalista de la producción agrícola en gran escala, basada en la explotación y el despilfarro de las fuerzas del suelo, otra lógica, de carácter socialista: el «trato conscientemente racional de la tierra como propiedad comunitaria eterna y como condición inalienable (*unveräußerlichen*) de la existencia y reproducción de la cadena de generaciones humanas sucesivas». Un razonamiento similar se encuentra unas cuantas páginas más arriba:

Ni siquiera una sociedad entera, una nación, en resumen todas las sociedades contemporáneas tomadas en conjunto, son propietarias de la tierra. Son sólo sus ocupantes, sus usufructuarios (*Nutznießer*), y deben, como *boni patres familias*, dejarla en un estado mejorado a las generaciones futuras¹⁹.

En otras palabras, Marx parece defender el «principio de responsabilidad» que, mucho más tarde, sería tan querido por Hans Jonas. En algunos textos, el socialismo se asocia con la abolición de la separación entre la ciudad y el campo, y por tanto con la eliminación de la contaminación industrial urbana:

«Sólo fusionando la ciudad y el campo se podrá eliminar la actual intoxicación del aire, del agua y del suelo; Sólo ella puede llevar a las masas que hoy languidecen en las ciudades al punto en que su estiércol servirá para producir plantas, en lugar de producir enfermedades²⁰.»

La redacción es torpe: la cuestión se reduce a un problema de metabolismo del estiércol humano! Pero plantea un problema crucial: ¿Cómo poner fin al envenenamiento industrial del medio ambiente? La novela utópica del gran escritor marxista libertario William Morris, *Noticias de ninguna parte* (1890), es un intento fascinante de imaginar un nuevo mundo socialista, donde las grandes ciudades industriales han dado paso a un hábitat urbano-rural que respeta el medio ambiente natural.

Finalmente, siempre en este mismo volumen III de *El Capital*, Marx ya no define el socialismo como «dominación» o «control» humano sobre la naturaleza, sino más bien como control sobre los intercambios materiales con la naturaleza: en la esfera de la producción

material, «la única libertad posible es la regulación racional, por el hombre socializado, por los productores asociados, de su metabolismo (*Stoffwechsel*) con la naturaleza, que la controlen juntos en lugar de ser dominados por ella como por un poder ciego²¹».

No sería difícil encontrar otros ejemplos de genuina sensibilidad hacia la cuestión del entorno natural de la actividad humana. Sin embargo, Marx y Engels carecen de una perspectiva ecológica global.

En este tema, Kohei Saito me parece estar equivocado cuando escribe que para Marx «la insostenibilidad ambiental es la contradicción del sistema»; o que en sus últimos años Marx vio la alteración metabólica como «el problema más grave del capitalismo»; o que el conflicto con los límites naturales es, para él, «la contradicción principal del modo de producción capitalista²²». Me pregunto dónde encontró Kohei Saito, en los escritos de Marx (libros publicados, manuscritos o cuadernos) tales afirmaciones... No existen, y por una buena razón: la insostenibilidad del sistema capitalista todavía no era una cuestión decisiva en el siglo XIX (como lo ha sido hoy); o mejor, desde 1945, cuando el planeta entró en una nueva era geológica, el Antropoceno.

Mi otro desacuerdo es con la idea de que la alteración metabólica o el conflicto con los límites naturales es "un problema del capitalismo" o "una contradicción del sistema": ¡es mucho más que eso! Es una contradicción entre el sistema capitalista y las "condiciones naturales eternas" (Marx), y por tanto con las condiciones naturales de la vida humana en el planeta. De hecho, como observa Paul Burkett (citado por Kohei Saito), el capital puede seguir acumulándose, bajo cualquier condición natural, por degradada que sea, siempre y cuando no se produzca una extinción completa de la vida humana.

Si bien es cierto que la ecología no ocupa un lugar central en el aparato teórico y político de Marx y Engels, no es menos cierto que es imposible pensar una ecología crítica a la altura de los desafíos contemporáneos sin tener en cuenta la crítica marxista de la economía política, su cuestionamiento de la lógica destructiva inducida por la acumulación ilimitada del capital. Una ecología que ignore o desprecie el marxismo y su crítica del fetichismo de la mercancía está condenada a no ser nada más que un correctivo a los "excesos" del productivismo capitalista.

Podríamos concluir provisionalmente esta discusión con una sugerencia, que me parece pertinente, formulada por Daniel Bensaïd en su notable obra dedicada a Marx: reconociendo que sería tan abusivo exculpar a Marx de las ilusiones «progresistas» o «prometéicas» de su tiempo como convertirlo en un campeón de la industrialización excesiva, propone un enfoque mucho más fructífero: abordar las contradicciones de Marx y tomarlas en serio. La primera de estas contradicciones es, por supuesto, la que existe entre el credo productivista de ciertos textos y la intuición de que el progreso puede ser una fuente de destrucción irreversible del medio ambiente natural²³.

Notas:

1. Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, trad. es. MI. Bottigelli, París, Ediciones Sociales, 1950, p.

2. Karl Marx, *Manuscritos de 1844* , trad. es. MI. Bottigelli, París, Ediciones Sociales, 1962, p. 62, 87, 89.
3. Friedrich Engels, *Dialéctica de la naturaleza*, trad. es. MI. Bottigelli, París, Ediciones Sociales, 1968, p. 180-181.
4. Karl Marx, *Crítica de los programas de Gotha y Erfurt* , trad. es. MI. Bottigelli, París, Ediciones Sociales, 1950, p. 18. Cf. *Le Capital* , París, Garnier-Flammarion, 1969, I, p. 47: "El trabajo no es, pues, la única fuente de los valores de uso que produce, de las riquezas materiales. Él es el padre, y la tierra, la madre, como dice William Petty.
5. Cf. Karl Marx, *El Capital*, vol. 3, Berlín, Dietz Verlag, 1968, pág. 828.
6. «Cuanto menos eres, menos manifiestas tu vida, cuanto más posees, más crece tu vida enajenada, más acumulas de tu ser enajenado» (*Manuscritos de 1844*, op. cit. , p. 103).
7. Karl Marx, *La ideología alemana* , trad. es. colectivo, París, Ediciones Sociales, p. 67-68.
8. Karl Marx, *Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política* , trad. es. M. Husson y G. Badia, París, Éditions sociales, 1977, p. 3
9. Karl Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política* , trad. es. R. Dangeville, París, Anthropos, 1967, pág. 366-367.
- 10 Karl Marx, *El Capital* , Libro I, trad. es. J. Roy, París, Ediciones Sociales, 1969, p. 363, traducción revisada y corregida del original alemán: *Das Kapital* , vol. 1, Berlín, Dietz Verlag, 1960, pág. 528-530.
11. *Ibidem.* , pag. 183-200.
12. Karl Marx, *El capital* , vol. 3, Berlín, Dietz Verlag, 1968, pág. 630-631.
13. Karl Marx, *El capital* , vol. 2, op. cita. , pag. 247.
14. Friedrich Engels, *Dialéctica de la naturaleza*, Moscú, Ediciones Progreso, 1964, pág. 185.
15. Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en Marx , Engels , *Sobre Gran Bretaña* , Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, 1953, pág. 129-130.
16. Karl Marx, *El Capital* , Libro I, op. cita. , pag. 566-567.
17. Friedrich Engels, *Anti-Dühring* , op. cita. , pag. 321.
18. Este aspecto del texto se pierde en la traducción de Jean-Pierre Lefebvre de *El Capital* , citada en la traducción del artículo de Ted Benton, hasta el punto de que *naturwüchsig* , «espontáneo», se traduce como «simplemente origen natural».

19. Karl Marx, *El capital*, vol. 3, op. cita., pag. 784, 820. La palabra «socialismo» no aparece en estos pasajes, pero está implícita.

20. Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, op. cita., pag. 335. Véase también este pasaje de *La Question du logement* (París, Éditions sociales, 1957, p. 102): "La eliminación de la oposición entre la ciudad y el campo no es más utópica que la eliminación del antagonismo entre capitalistas y asalariados. [...] Nadie lo ha reclamado con más fuerza que Liebig en sus obras sobre química agrícola, en las que exige en primer lugar y constantemente que el hombre devuelva a la tierra lo que recibe de ella, y en las que demuestra que sólo la existencia de las ciudades, especialmente de las grandes ciudades, se opone a ello. «El resto del argumento gira, una vez más, en torno a los «fertilizantes naturales» que producen las grandes ciudades.

21. Karl Marx, *El Capital*, vol. 3, op. cita., pag. 828. Ted Benton, que parece haber leído este texto traducido, se pregunta si, al hablar de «controlar juntos», Marx se refiere a la naturaleza o al intercambio con ella. El texto alemán no deja lugar a dudas, ya que se trata del masculino (ihm) de la palabra «metabolismo» y no del femenino de «naturaleza».

22. Kohei Saito, *El ecosocialismo de Karl Marx: capitalismo, naturaleza y la crítica inacabada de la economía política*, Nueva York, Monthly Review Press, 2017, pág. 142.

23. Daniel Bensaïd, *Marx el inoportuno*, París, Fayard, 1996, p. 347.

contretemps.eu. Traducción: Igor Urizar para viento sur.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/que-lectura-ecologica-podemos-hacer>